



Vida heroica: El desafío de Juan Pablo II a los jóvenes¹

George Weigel

Ethics and Public Policy Center, Washington

George Weigel es autor del best-seller sobre la vida de Juan Pablo II *Testigo de esperanza* y de obras como *La elección de Dios: Benedicto XVI y el futuro de la Iglesia Católica* donde revela un mundo de profundos cambios: una Europa que está “suicidándose demográficamente de forma alarmante” y un catolicismo que parece estar “en vías de desplazar su centro de gravedad hacia el sur del Ecuador”. En *Cartas a un joven católico* plantea los desafíos de los jóvenes en el mundo actual. También escribió: *El coraje de ser católico: crisis, reforma y futuro de la Iglesia*, donde analiza con objetividad la crisis de la Iglesia en los Estados Unidos.

Teólogo y politólogo estadounidense, es hoy uno de los intelectuales católicos más reconocidos de la actualidad. Fue fundador y presidente de la Fundación James Madison para estudios constitucionales y actualmente es integrante emérito en el *Ethics and Public Policy Center*, de Washington tiene el cargo de Presidente William E. Simon en Estudios Católicos. Fue distinguido con la condecoración papal "Pro Ecclesia et Pontifice". Llega a la Argentina en el marco de las celebraciones por el 50º Aniversario de la Fraternidad de Agrupaciones Santo Tomás de Aquino (Fasta). El Dr. George Weigel visita la Argentina en el marco de las celebraciones por el 50º Aniversario de Fasta (Fraternidad de Agrupaciones Santo Tomás de Aquino), para compartir junto a la Iglesia y la sociedad argentina, la particular visión de Weigel sobre los nuevos escenarios de la fe y la relación entre esta y la vida pública.

¡No tengáis miedo de ser los santos del nuevo milenio! Ese fue el desafío que Juan Pablo II lanzó a los jóvenes en el Jubileo del año 2000. El testimonio de su propia vida, demostró que es posible la santidad en el nuevo milenio. Este será el eje de la conferencia que George Weigel comparte ahora con los jóvenes argentinos, titulada: "Vida heroica: El desafío de Juan Pablo II a los jóvenes".

¹ Esta conferencia fue dictada por el Dr. George Weigel, en la Pontificia Universidad Católica Argentina (Buenos Aires), el jueves 3 de mayo de 2012.

Uno de los grandes privilegios de mi vida fue pasar unos quince años teniendo conversaciones serias con un gran hombre: el Bendito Juan Pablo II, y haber podido dedicar una década y media de mi vida profesional a realizar la crónica de su vida, explicando su pensamiento y analizando sus logros.

Él fue, sin duda, un gran hombre. Y gran parte de su grandeza surgió de la firme comprensión de su propia falibilidad. Una historia ayudará a ilustrar eso y les dirá algo importante sobre el hombre.

En el otoño de 1997, la Conferencia de Obispos Italianos celebró un Congreso Nacional Eucarístico en Bolonia, tradicionalmente la más tendiente a la izquierda de las ciudades más importantes de Italia (por eso, se la conoce como “*Bologna la Rossa*”, es decir, “Bolonia la Roja”). Los obispos habían invitado a Juan Pablo II a dar el discurso de cierre en el Congreso, por lo que un domingo a la noche, el Papa fue llevado en helicóptero a Bolonia, donde quizás medio millón de personas se habían reunido para la celebración de clausura. Un miembro del personal de la conferencia de los obispos había tenido la brillante idea de que un breve recital de Bob Dylan sería una buena forma de preparar a la multitud para el discurso del Papa. Así, justo antes de que apareciera el Santo Padre, Bob Dylan apareció en escena, con su sombrero caído, su guitarra y su armónica, y cantó varias canciones, y terminó con un tema de su autoría: “Soplando en el Viento”. El Papa entonces apareció en escena y, demostrando su notable capacidad de aprovechar la oportunidad, descartó el texto preparado y comenzó a hablar sobre el Espíritu Santo “soplando en el viento” y sobre Jesucristo como “el camino que todos debemos recorrer” y que dijo: “Yo soy el camino... es el camino de la verdad, el camino de la vida”. Fue una función maravillosa realizada por un hombre que en ese entonces tenía setenta y siete años. Tres días más tarde, yo estaba en un almuerzo en el departamento papal. Antes de que fuera ubicado en mi lugar y después de dar las gracias por los alimentos, Juan Pablo II me miró fijamente y me preguntó: “¿Quién ezz Bob DEE-lahn?”

Juan Pablo II estuvo atento a las ocasiones y tomó las oportunidades que aparecieron a lo largo de su vida. Uno de esos momentos cambió el curso de la historia moderna: su peregrinación pastoral de junio de 1979 a Polonia, nueve días en los que la historia del siglo XX dio un giro. Durante esos nueve días, Juan Pablo II encendió una revolución de conciencias –una revolución moral– que ayudó a poner en marcha el colapso del comunismo europeo: el sistema político más letal en la historia humana (y el mayor perseguidor del Cristianismo en dos milenios). En nueve días, Juan Pablo II torció el curso de la historia en una dirección más humana e hizo posible la liberación del pueblo eslavo de Europa central y oriental, y puso en marcha eventos que condujeron a la victoria de las fuerzas de la libertad en la Guerra Fría, una lucha mundial que había distorsionado la política en todo el mundo durante dos generaciones y que había amenazado al mundo con la catástrofe de una guerra nuclear.

¿Cómo lo hizo? Lo hizo de maneras que sugieren un programa de vida para los jóvenes católicos hoy, independientemente de las circunstancias históricas y culturales en que se encuentren.

Lo hizo a través de la *Fe*: fe en el poder de la verdad para terminar la cultura comunista de la mentira.

Lo hizo a través del *Descubrimiento*: al proponer una vida vivida en busca de la verdad sobre la persona humana, a trabajar por que hombres y mujeres fueran liberados de los grilletes de la desesperanza. Juan Pablo II facultó a las personas a imaginarse un futuro nuevo, más noble, más humano para ellos mismos, sus hijos y sus sociedades.

Lo hizo a través del *Liderazgo*: el tipo de liderazgo sacerdotal y episcopal que, por más de dos milenios, ha enseñado la gente de la Iglesia, como San Pablo enseñó a los Gálatas, que es por la libertad que Cristo nos hizo libres (Gál. 5,1).

Y lo hizo a través de la *Comunidad*: porque al volver a plantar las semillas de la sociedad civil en una Polonia destrozada por cuarenta años de opresión totalitaria, Juan Pablo II puso los cimientos de un nuevo tipo de comunidad de resistencia: una comunidad de solidaridad que probó ser más fuerte que los tanques, más fuerte que la ley marcial, más fuerte que las mangueras, más fuerte que la prisión y más fuerte que cualquier otra táctica brutal que el comunismo pudiera desplegar.

Pero, ustedes pueden decir: “Todo esto fue hecho por un *gran* hombre, entonces ¿qué tiene que ver eso conmigo?” A lo que yo respondería: todo esto fue hecho por un hombre que, cuando tenía la edad de ustedes, nunca imaginó que sería papa, nunca imaginó que sería la figura central de la segunda mitad del siglo XX, nunca imaginó que el mundo reconocería su grandeza y que la Iglesia reconocería su virtud heroica. El fue, en una palabra, muy parecido a ustedes.

Cuando era joven, era un muy buen estudiante, pero también era atleta, un amigo con una amplia gama de amistades, un actor y alguien a quien le encantaba pasar tiempo al aire libre. Él nunca imaginó una vocación al sacerdocio hasta que se encontró atrapado en la caldera de la ocupación nazi de Polonia, durante la Segunda Guerra Mundial. Durante esos cinco años y medio, la pregunta para el joven Karol Wojtyła y sus amigos no era: “¿Estaré vivo la próxima navidad o mi próximo cumpleaños?”; la pregunta, durante cinco años y medio, fue: “¿Estaré vivo mañana?”

La gente, joven y anciana, reaccionó de manera diferente a ese tipo de presión. Algunos se volvieron locos. Algunos perdieron la esperanza y murieron por ello, de desesperación. Algunos tomaron las armas y resistieron violentamente. Algunos, como el niño que se convertiría en papa, se hicieron cargo de mantener viva la memoria cultural del país como una manera de elevar los corazones del pueblo polaco.

Y durante el curso de esa resistencia cultural subterránea, comenzó a pensar su vocación, como una forma de defender los derechos humanos que veía flagrante y brutalmente violados todos los días en la Polonia ocupada. Entonces, y sólo entonces, decidió dar su vida a la Iglesia como un sacerdote: porque entendió que el mejor servicio que podía brindar para defender los derechos humanos era predicar al mundo el Amor infinito del Evangelio de Dios, personificado en el Señor Jesucristo.

La presión bajo la que el joven Karol Wojtyła vivió fue similar a las presiones intensas que existen debajo de la corteza de la Tierra. Sabemos que, debajo de la superficie de nuestro planeta, operan todo tipo de fuerzas y presiones poderosas y en ocasiones, violentas. A veces, esas presiones rompen la corteza de la Tierra en forma de lava, durante las explosiones volcánicas; en ocasiones, esas presiones crean otras formas de violencia natural, como terremotos y tsunamis. Es un lugar peligroso, ardiente, donde se acumulan grandes presiones. Pero algo más se forma debajo de la superficie de la

Tierra gracias a esas presiones: los diamantes, la sustancia más dura y brillante conocida por nuestra ciencia, un cristal tan fuerte que puede cortar otros materiales que parecen impenetrables.

Durante la Segunda Guerra Mundial, bajo intensa presión, Karol Wojtyła, el joven hombre que se convertiría en papa y cambiaría el curso de la historia, se transformó en una especie de diamante. Tendría una personalidad tan brillante que otros podrían ver más claro gracias a él. Como Elena Bonner, la esposa de Andrei Sakharov (el perseguido activista ruso en favor de los derechos humanos), que era una mujer muy dura y afirmó después de pasar una hora con Juan Pablo II: “És el hombre más notable que alguna vez haya conocido; es toda luz, es una fuente de luz”. Sin embargo, también fue duro con una dureza y agudeza especial, como la de un diamante: él podía cortar lo que previamente parecía impenetrable, como el Muro de Berlín, como el aburrimiento del mundo con el Cristianismo.

Juan Pablo II se convirtió en esta figura de diamante por muchas razones: él fue un hombre dotado de una serie de dones naturales inusuales, tanto físicos como intelectuales; fue un hombre de una sensibilidad mística genuina, cuyas conversaciones más profundas con Dios tuvieron lugar en un reino más allá de las palabras; y lo que es más importante, él fue un discípulo cristiano convertido radicalmente, para quien “el camino más perfecto” del que habló San Pablo a los Corintios –el camino del amor– no fue una verdad entre otras verdades, sino la única verdad del mundo.

Uniendo todo esto, estaba el profundo sentido de vocación de Juan Pablo II. Y esa es la conexión entre su vida y la de ustedes. Cada uno puede hacer grandes cosas de la única y esencial manera en que Karol Wojtyła, el papa Juan Pablo II, hizo grandes cosas. Ustedes pueden hacer lo más grande que los seres humanos son capaces de hacer: pueden conformar sus vidas según la voluntad de Dios; pueden vivir *vocacionalmente*.

Los estudios, los planes de carreras futuras, su vida en la Iglesia –todo esto es importante. Pero lo que puede unir todo esto en una vida de aventura infinita, una vida como la vivida por el Papa Juan Pablo II, es pensar en sus vidas como una vocación. Dios tiene algo único en mente para cada uno de ustedes. Hay algo singular, único, distintivo que cada uno de ustedes trae para hacer historia. Piensen en sus vidas en esos términos y nunca sucumbirán a la más mortal de las tentaciones: la tentación del aburrimiento.

Ese es el tipo de vida para la cual la Iglesia los prepara: una vida de mucha aventura en la mayor de las aventuras, la formación de sus almas. Para eso está la Iglesia: la Iglesia existe para forjar la amistad de hombres y mujeres con Jesucristo, y al hacerlo, formar adultos vocacionalmente serios en quienes la fe y la razón apoyan una convicción transformadora: la convicción de que cada vida humana es, por definición, una vida extraordinaria. El merecedor sucesor de Juan Pablo II, el papa Benedicto XVI, lo puso de una manera hermosa en la Misa para la Inauguración del Pontificado, el 24 de abril de 2005: “No somos un producto de evolución causal y sin sentido. Cada uno es el resultado de un pensamiento de Dios. Cada uno de nosotros es deseado, cada uno de nosotros es amado, cada uno de nosotros es necesario.”

Quienes creen eso y lo viven, vivirán vidas de una gran aventura vocacional. Quienes creen eso también serán misioneros de la libertad que Juan Pablo II esperaba que tenga esta generación posterior a la Guerra Fría: la libertad bien entendida, libertad unida a la verdad y vivida para el bien; libertad vivida en solidaridad con otros, y libertad vivida noblemente para el bien común.

La libertad de cualquier sociedad depende del carácter de su pueblo. El carácter cuenta, porque es el que determinará la trayectoria de nuestras vidas y la trayectoria de la cultura y la sociedad.

Sólo la gente de carácter podrá entender que la libertad, bien entendida, no es hacer lo que se quiere, sino tener el derecho de hacer lo que debemos, de elegir lo que es bueno, libre y razonable, y de hacerlo habitualmente.

Sólo un pueblo con carácter podrá construir una sociedad civil con los materiales de la diversidad humana.

Sólo un pueblo con carácter podrá desplegar la explosión de conocimiento en las ciencias de la vida del siglo XXI para que las biotecnologías del futuro sirvan a las metas futuras de la curación humana, en lugar de llevarnos al “mundo feliz” de una humanidad atrofiada, fabricada y deshumanizada.

Sólo un pueblo con carácter podrá construir sociedades libres y virtuosas, para defender los derechos humanos, para proclamar y defender el derecho a la vida desde la concepción hasta la muerte natural y para defender la libertad religiosa de todos.

Todos nosotros, en el mundo occidental, vivimos en culturas que están profundamente confundidas sobre la idea de la libertad. Debido a esas confusiones, nuestras sociedades están en un profundo conflicto sobre cómo se debe vivir la libertad. Las viejas y las jóvenes democracias están aprendiendo, a través de una experiencia dura, que no hay nada “dado” sobre la democracia, que es un experimento constante en la capacidad de un pueblo para autogobernarse, que un pueblo sólo puede autogobernarse políticamente si sus individuos están autogobernados interiormente, por la virtud. La democracia y la decadencia no pueden coexistir. Y son los jóvenes del mundo occidental quienes deberán llevar ese mensaje con frecuencia desafiante al futuro.

¿Qué nos requiere la virtud hoy en día? ¿Qué enseñó Juan Pablo II a la generación que heredará la responsabilidad para el futuro de este planeta en los próximos veinte años?

La virtud nos requiere y Juan Pablo II nos enseñó que la ley debe reconocer ese primer principio de justicia, de acuerdo al cual la vida humana inocente tiene un valor y una dignidad inalienables. Esto no es una extraña idea “católica”, es una verdad moral que se puede conocer por medio de la razón –es decir, por todos. Por ello, Juan Pablo II les diría: nunca se cansen, nunca se den por vencidos, al defender la vida, en todas las etapas de la vida y en todas las condiciones de vida.

La virtud nos requiere y Juan Pablo II nos enseñó que la tentación de Prometeo está vivita y coleando en nuestro tiempo y que hay cosas que podemos hacer, desde un punto de vista científico, y cosas que no debemos hacer, desde un punto de vista moral y humanístico.

La virtud nos requiere y Juan Pablo II nos enseñó que quienes están libres deben valorar el don de la libertad y promover su causa por el mundo, en lugar de retirarse a búnkers de aislamiento nacional o a mundos de iPods que nos ensimisman.

La virtud nos requiere y Juan Pablo II nos enseñó que nunca, nunca debemos conformarnos con algo menor que la grandeza moral y espiritual que la gracia de Dios hace posible en nosotros. Todos fallamos en la lucha por la grandeza moral y espiritual. Esa no es una razón para dejar de intentarlo. Como Juan Pablo II dijo a los jóvenes de

todo el mundo: no bajen las expectativas sobre ustedes mismos cuando caigan. Vengan, busquen el perdón y la reconciliación, y luego sigan luchando por la grandeza que la gracia del Bautismo y el poder del Espíritu Santo hacen posible en ustedes.

Quienes viven vocacionalmente pueden dar a sus sociedades un nuevo nacimiento de libertad.

Quienes viven vocacionalmente vivirán las vidas humanas más ricas y satisfactorias.

Quienes viven vocacionalmente estarán siguiendo los pasos de Juan Pablo II, el Papa formado en su sacerdocio por gente joven, el papa que convocó a los jóvenes cuando estaba muriendo y les agradeció por haber caminado con él.

Quienes viven vocacionalmente, vivirán como Juan Pablo II, más allá del miedo.

El disidente yugoslavo, Milovan Djilas, afirmó una vez, después de haberse reunido con él, que Juan Pablo II era el primer hombre sin temor que había conocido. Fue un halago noble, pero estaba equivocado, creo. Juan Pablo II no vivía sin miedo; él vivía *más allá* del miedo. Y pudo hacerlo porque, como un discípulo cristiano radicalmente convertido, él sabía que el Señor Jesús había tomado todo el miedo del mundo sobre sí mismo en la Cruz y había quemado ese miedo en el fuego del amor divino. Quienes viven en amistad con el Señor Jesús, pueden vivir más allá del miedo, porque el Señor tomó todos nuestros miedos sobre sí y Dios Padre dio su respuesta a ese auto-sacrificio el Domingo de Pascuas, en la Resurrección.

Juan Pablo II fue un hombre de la Pascua. Por eso, pudo ser un héroe. Por eso, pudo cambiar el curso de la historia. Por eso, su ejemplo es una luz brillante para todos nosotros, que ilumina el camino hacia un futuro más humano para nuestros países y el mundo entero.

Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Jueves 3 de mayo de 2012